

AGUSTI BARTRA

## POEMA DEL HOMBRE

a *Pere Calders*

“Y tenía siete estrellas en su mano derecha y de su boca  
salía una espada de dos filos....”

*Apocalipsis*

— I —

El árbol estaba condenado. Solo. Entre millares de hombres las hojas verdes  
eran una vergüenza que reía.

Había una herencia de días amargos suspendida del cielo incorrupto de abril.  
Alguien saludó la hora nueva escupiendo sobre la hierba chafada.

Nadie podía poner frutas redondas en las manos de los que habían olvidado  
cantar.

El día era una cabeza de león enterrada en la cal  
y el mundo había cerrado sus caminos con órdenes de un reino de hielo y  
guarismos.

El nombre puro de las rosas se estremecía en la cima de nuestro odio,  
y era fácil establecer las leyes perplejas de los ensueños sobre nuestra  
piel sucia.

El preludio de las mañanas brillaba como una hebra de miel seca.

En el segundo día le robaron al árbol todas las hojas.

Más solo que antes:

siete brazos para la novia del aire.

La voz del hombre se crispó:

Este es campo de las canciones suicidadas,

de los caballos rojos que relinchan porque las mariposas no son de mármol.  
La ascensión y el combate son inútiles,  
y inútiles también las piedras lacradas de líquen.  
Oh, los árboles están lejos, los árboles están lejos!

Yo, ahora, sólo sé, que el hijo de las minas busca una niña que tenga la voz  
de pájaro,  
que la noche quiere dormir entre espejos  
y que las mejillas de las flores son una verdad abstracta olvidada hace mil  
años.

Aquí,  
en este campo que no puede ser el reino habitual de tumba alguna fija,  
nadie se llama Juan, Pedro o Ramón.  
Aquí no hay nadie que tenga nombre;  
es una tierra,  
un polvo sobreviviente,  
un aire febril y moribundo.

Quisiera llorar, mas no lloro.  
He perdido el río que penetraba mi corazón. No lloro.  
Un aire, un polvo, una tierra quizás. No puedo llorar.  
Amadme!  
El día lleva bastón de convaleciente y quiere ir a jugar con los osos de las  
nieblas.  
En algún sitio la luna dormita bajo los puentes.  
Amadme! Salvadme!  
No soy nadie, no seré alguien hasta que enseñe a los hombres sucios y  
hambrientos  
a amar las estatuas y el miosotis.

Aquí la llama del espíritu es un recuerdo vago, una historia perdida, una  
arruga fosilizada.  
La espada y el león podrían aquí convivir,  
aquí podrían convivir los ciervos blancos y las linternas,  
las guirnaldas marchitas y el álgebra de las sombras.

Mis ojos sin territorio,  
mis puños amenazando las cúpulas lejanas que mienten amor, amor, amor;  
el patriarca, las ruinas dóricas y las estrellas dialogando junto al  
Cordero  
podrían darme la fe de los arcos,  
la caridad de las aguas  
y la esperanza de los surcos.

Aquí me siento el camarada de los soies aun no nacidos.  
Y con mis manos negras de angustia,  
con mi voz sellada de cenizas,  
os interrumpo ramos de luces duras,

tambores nocturnos,  
anillo lejano del otoño  
y bocas perdidas de las fuentes.

No lloro, no se llorar, no puedo llorar.  
Quisiera azotar la arena con serpientes de agua,  
reír con el croar de la rana,  
confesarme a los violines.  
Aquí, en este campo, lejos, lejos de los árboles!,  
en este polvo,  
en esta tierra sin nombre,  
en este aire herido de lágrimas,  
en este cielo que llora sobre mi frente,  
poder dar quisiera un alma al grito del hombre,  
sembrar de párpados quisiera todas las rocas del mundo,  
cantar quisiera en las islas de nardo de la inocencia,  
irme quisiera por siempre, vestido de trigo, hacia los vientos y los sueños  
que no quemán.

Agujas de fuego y hiedra asedian mi boca.  
Un ángel caído deja un rumor de cisne postrero allí donde comienza el desierto  
de mi sangre.  
Amadme!  
Os salvaré de la muerte mínima en el rocío!

— 11 —

... Recostado sobre los maderos puedo soñar que el cuervo es un diamante  
de la montaña.  
Mares de polvo negro cubren los velos de los días tristes.  
Nieve. ¿En dónde?  
Tal vez bajo las túnicas de piedra,  
tal vez en la boca del muerto coronado de esperanza.  
Cuerdas en el mundo sin música.  
Lluvia sin término —y viento y crepúsculo— cayendo sobre el atardecer de  
los techos metálicos.  
Viajar. Traicionar los laureles de los monumentos.  
El escarabajo perdido entre mis cabellos.  
Y la llegada de las callejuelas húmedas con heridas de luz y cortezas de  
naranja,  
y aquella pared que hubiera querido poder derruir  
a golpes de pensamientos marinos,  
a golpes de llamas frías,  
a golpes de rosas mancilladas.  
Reír. Cantar en el tabernáculo de las cifras.  
Naufragio de una palabra gris en la arena de la nada.

\* 119 \*

Oh, díme, árbol de mis venas:

¿Qué hacer para que no se cansen los pies de la alegría?

Un viento con flores de humo llama a mi puerta y le digo: Entra!

Y otra vez los tambores y la mujer tendida en la hierba

y saber, saber, saber que la vida entre dos sábanas frías, es ingrata como un caracol aplastado.

Una rama con vocación de coral huye hacia el mar.

Los gnomos juegan con el trébol,

con dientes de otoño,

con arañas secas.

¿En dónde estará el aire que danzaba bajo los árboles?

Creo que es la hora de ir, con los bolsillos llenos de aurora, a buscar la flor de los ríos....

Pero detrás de cada uno

hay una mano blanca y una mano roja.

Una mano blanca al término de todas las despedidas

y una mano roja en el bosque del odio.

Y hé aquí que sería la hora de ir a decir al mar que calle

y a encender besos a los pies de las muchachas

que duermen junto a la muralla.

Pero las dos manos —oh las dos manos!—

la mano blanca

y la roja,

son eternidad y sedición,

y encierran un tumulto de lanzas y pájaros.

### — III —

El Amigo era una sombra que me odiaba dulcemente,

cada vez más próxima,

y me escuchaba:

—En su cuerpo inocente un áncora vivía recuerdos polares.

Yo la miraba. Sus cabellos semejabán una encendida tempestad de hormigas.

Su cuerpo. Yo la miraba extraviado, absorto, en ella y en mí.

Como un mapa de lirios era su piel.

Un nido abierto sufría en su mano derecha y con la otra sostenía la madeja de la aurora.

Cual ramas nevadas pendían sus brazos.

En su cuello sonreía un nudo tibio de mármol.

Era la flor enorme de la tierra invencible,

mordida de soles,

invadida por vientos,  
lámparas agónicas,  
líquenes y mares.

Su vientre era un lago con doce nubes blancas y una estrella vacía.  
Cicatrices con abismos que escuchaba el cielo eran sus ojos abiertos.  
Su cuerpo, Era tan vasta que no tenía nombre.

*¿Oyes los remos?*

--Un huracán de anemones gemía dentro de mí.  
¿No me oías cantar en la tarde desierta?  
El otoño moría rodeado de pinos.  
Separando sombras y lunas yo la buscaba.  
Oh, la buscaba huyendo de las noches áridas,  
de las horas con ojos de campos entenebrecidos  
de los largos ginetes del humo,  
de los besos amarillos que esperan en callejas solitarias,  
de las mesas de pino con flores de aceite misero!  
Yo la buscaba, cantando, solo,  
luminosamente solo, alado y secreto.  
Oh, cantaba y huía cual un río que viaja con la muerte de una manzana!  
Cantaba y lloraba lágrimas de destino alado  
mientras el frío en cada astro abrazaba tinieblas,  
rompía la oscuridad que las hojas esperaban.  
La torre del reloj  
escondía las madres tranquilas de la noche,  
del bronce y las cenizas.

*¿Oyes los remos?*

—Lilas, rosas y recelos golpeaban mi corazón.  
Solamente nos separaba el cansancio de un gesto, que se había ido hacia los  
oscuros árboles del crepúsculo.  
Yo. Tú. Te quería con amor de corazones eternos y de relámpago sumiso, niña  
inefable.  
Mi pasado era un lento naufragio entre muros blancos,  
un mito perdido en el primer beso que me diste en la frente.  
Verte fue olvidar los pájaros de los telares,  
sentir las cabelleras adormecidas del fuego,  
cubrir de nuevas hoces la espalda del suburbio,  
poner un grito lacustre en la boca del gas.  
En todas las ventanas nacían manos felices.  
El recuerdo de una espiga volaba por el silencio suplicante de la tierra,  
y trenzaba un lazo de rocío en las cinturas trémulas de la noche sin luna.  
Tocarte fue como si....

*¿Oyes?*

todos los árboles del mundo,

ya sin hojas ni pájaros,  
invadiesen mi alma con un viento formidable.  
Las fuentes subían lunas a las fieras de los bosques,  
el alba de labios azules proclamaba el eclipse de las palabras.

*¿Oyes la sangre?*

Desconoces mi voz, Amigo.  
Deja que aun recuerde fragancias de violeta y de playa nocturna.  
Déjame destrozarse mis últimas velas.  
Tú siempre deseas que te confirme

que la vida es una poesía de ángeles oscuros.

— IV —

Pensó en la estrella oculta en el lino del tiempo,  
en los muertos luminosos cantando bajo el agua,  
en el nacimiento de un árbol en el corazón de un niño.  
Y dijo a la alta noche:

—Saludo la caída de los cuerpos!

Pensó en el destino violento de la espuma,  
en una catedral de hierba cuajada de insectos,  
en los ojos insomnes del fuego.  
Y dijo a su alma:

—Allí donde se alza la muerte nace un sol de espinas!

— V —

Soy el niño y el guerrero de la noche.  
El tiempo ya no deja estrellas en mi frente,  
y mi corazón es un escudo donde se rompen los gestos de la gracia.  
Mi fuerza posee el entusiasmo cruel que acerca el futuro de los cantos.  
¿Quién podría fijar límites a mi ilimitado deseo que transforma la acción en  
sueño concreto?  
No sé quien me seguirá,  
pero en mis manos siento el valor que guía las legiones anónimas hacia las  
aguas y los gritos.  
Oh, precisa que os hable a todos de la ISLA en donde la luz es pan definitivo!

Atrás, frentes de silencios suplicantes!

Canto de auroras.

Visión de la sangre levantada en nuevos altares:

huyó de la noche de los hombres por árboles de uñas y cruces de pájaros,  
Ríos la tocaron.

Es vuestra sangre, hombres. Es tu sangre, hombre.

Tumbas vacías la tocaron.

La siguen rejas y horizontes.

Es nuestra sangre, hermanos.

Busca una paz de espiga inclinada y de yunque florido.

Gime sordamente deseando la alegría del polen.

Luciérnagas la tocaron.

Oh, sangre, ¿qué ritmo de torres y ruelas colma tu ondage de esperas?

Y las piedras y las aguas, el cielo y las semillas,  
incansables, le dicen: espera, espera!

Cuando el viento se detiene y cae como un muro de velas abrazadas sobre el  
césped amarillento,

le dice: espera!

Y todavía el trigo duerme su oro y bajo las acacias —en algún lugar—  
se trenzan canciones que ignoran la llama.

Y qué importa, decídmelo, qué importa que yo presienta

—al escuchar las veletas y el corazón de la noche blanca,

en los ojos de las palomas,

en las vírgenes terribles del hierro sin sueño,

en las cuerdas del miedo—

la hora que descenderá de los dedos del tiempo con vuelo de hacha.

Oh, sangre: todavía las espumas —en algún lugar— coronan los días y las tardes  
se sientan, como doncellas fatigadas,

entre el mar y la montaña.

Y qué importa, qué importa si aún pregunto:

¿en qué lugar, cuando, decídmelo, oh noche, astros y flores que vivís en los  
jardines de las sombras negadas,

decídmelo dónde encontraré la boca destruída y el martillo enlutado

que pondrán campanas y gallos en mi garganta?

¿Y qué importa, también, que mi voz sea rebeldía contra la soledad de la rosa  
dura y de los himnos?

## VI

Gaviota que me induces a mirar al infinito: no hay hojas vivas al pie de la  
mañana

ni canto de ríos en mis ojos.

En verdad te digo

que la alianza entre el cielo y las dulces elegías

ha sido abolida por la autoridad de unos vientos negros,

y que de los arenales resurgen las leyes nómadas.  
Hay un rumor de frondas y de tierra vencida en las tinieblas del espíritu.  
Pero tú inmovilizas tu vuelo

como un símbolo insultante!

Véte! Ni el árbol desnudo ni mi espalda podrían ofrecerte reposo.  
Quisiera saber cuántas almas armadas de amor aguardan recogidas en los vivaques.

Véte! Podría despertar lágrimas en los corazones de los que todavía ignoran que han muerto.

Está lejano el día en que la bondad acampaba bajo mis ojos,  
en que la intimidad de remo y de ala baja tendida era una canción en el orden sereno de la luz.

El mar perdía sílabas junto a mis pies,  
palabras sollozantes pasaban y repasaban, disueltas, impalpables,  
con briznas de recuerdo y ensueño que llevaban al tamarindo la barca nupcial,  
una piedra salobre,  
las islas y el bauprés en la niebla.

Las calles y el mar tenían un refugio fijo  
y nadie sabía que la muerte podía ser aquel pez seco sobre las rocas,  
que se embriagaba de sol todavía...

Gaviota: sal y sueño antiguo!

Aleluyas de espacio aligeran tus alas.  
Tu sombra hundida en las acequias,  
tu gemido entre las banderolas desgarradas,  
me producen una locura de eternidad.

Véte! Tu gloria se extiende a los litorales;  
la mía, funda pueblos de imágenes entre las cabañas,  
busca la esperanza entre la paja podrida de las yacijas...

## VII

Llevar águilas de luz clavadas en sus harapos  
y en sus manos, suavemente, va muriendo la arena seca.  
Clamores de manos juntas,  
gestos que sufren la lejanía de las cabezas de los niños y los tallos de las flores,  
y la fuerza del día reventando en torno, rodeándolos

como una bandera sin lenguas de colores.

Quiénes son estos hombres sin alegría que velan signos de cólera abrupta  
en sus almas surcadas por los sueños?

Tristezas marinas y abetos anuncian a sus hojas el límite del poder  
del padre nuestro que habita la tierra.

Y leo en sus rictus:

los domingos que brillaban como un dado en la hierba,  
las mujeres poseídas en silencio sobre los trigales,

las huellas de la virginidad secándose en las espigas,  
los gorriones picoteando el fiemo de los caballos,  
la muchacha que colocaba un girasol en el asta de un buey,  
los ríos lustrales donde, en la hora crepuscular, iban a bañarse los adolescentes  
(oh sus gemidos uniéndose al canto de los grillos!),  
el peso sagrado de una almosta de candeal,  
los umbrales sombreados de panochas,  
ventanas de par en par abiertas dejaban entrar el perfume cálido de la retama,  
bayas de eucaliptus arrastradas por hormigas,  
el canto de la alondra cayendo sobre pueblos de esquilas...

Y

las piedras de los caminos en las que la lluvia escribe desde siglos,  
el rocío coronando un cráneo de perro,  
el cigoñal inmóvil cual un ibis,  
el anciano convaleciente aspirando un pedazo de alcanfor,  
remos que florecen en la aurora bajo el ensueño de los navíos,  
el paso de las estaciones dejando huellas en los techos de los humildes,  
el deseo de estrellas de la tierra convertido en interminable pastor de las alturas,  
fiestas de antorchas en los bosques milenarios,  
lágrimas de invierno y humo industrial elevándose hasta las campanas,  
el diálogo de las vírgenes y las proas condenadas a zarpar,  
intercambio de semillas bajo los pórticos,  
olor de bestias dormidas llenando las sombras nocturnas de los árboles,  
las tinajas en donde duerme el aceite,  
las aves cantando junto a las guadañas abandonadas,  
la voz insurrecta del agua que desciende de la montaña...

Y

el trabajo de todos bajo el cielo:  
bendición y maldición.  
Canción de músculos ahogada por los salarios.  
Y todo lo que había que levantar y no se levantaba,  
y el cerrar los ojos ante las mitras,  
y la tristeza de las grandes y puras maravillas  
retardadas por viejos muros y amarillentas parábolas.

(La hora nueva es severa de palabras.  
Las plegarias abolidas lloran los frágiles amores de ayer.  
Ya llegan los vigías de la estrella argéntea.  
Oh hijo del hombre: el canto del cisne no tiene sentido alguno al lado  
de las graves virtudes que quieren hacer del mundo un gran Tu.)

“¿No veis la noche levemente encorvada entre los frutos arrugados,  
la núbil que tiene una rama perdida en su voz?

¿No veis pasar en la altura la espada que ha nacido del barro?  
En marcha! Cada uno de nosotros es un universo.

En los días azules de golondrinas que nos esperan  
anunciaremos a nuestro corazón una felicidad de potros.

Bajo el árbol encendido,  
la luna de la muerte sonríe a los santos de acero que abren sus bocas de  
generosos mares:  
esperanzas infinitas,  
tumulto de pechos sombríos donde no halla reposo la sombra de ningún dios fértil,  
espacio humano donde el vuelo de los pájaros es retenido por los brazos de  
las algas.

En marcha hacia donde la luz tiene rostro,  
por encima del llanto de las fuentes!"

Huye toda presencia diurna de sus manos,  
que caen como hojas muertas.  
Y todos se alejan lentamente como un rebaño perdido en la montaña,  
todos se van menos los

DOCE que le escuchan.

### VIII

Lávame los cabellos con la noche que acaba.  
En la cantimplora fulge una estrella de epifanía.  
Aleja de mi el recuerdo del ramo de olivera, Amigo de soledades y de abrigo  
compartido.  
Ungeme los párpados con tu silencio.

### IX

Día y cielo! ¿Qué fue la evasión después de la embriaguez de los ojos?  
¿Qué busco? ¿En dónde estoy?  
No hay victoria en la soledad,  
este terrible acicate de lejanías.

Más que ante la luz y el agua,  
lloro por ellos ante el noble origen de los árboles.  
Vuestra sangre y vuestra caída —Oh camaradas, oh encendidos niños trágicos!—  
preparan tiempo y país a canciones esperadas.  
Nada hay que mate tanto como una tumba con losa y nombre,  
mas la lluvia de primavera es una anunciación al oído de la tierra.

Sólo ante vosotros, padres del silencio en el día puro,  
viejos vigías de todas las estrellas de la tierra,  
sólo ante vosotros, árboles,  
respira la balada roja de mi infancia,

y bajo las aves migratorias que no cantan  
siento la hostilidad de los cielos distantes que nos separan.

No a la luz efímera ni al agua de mil voces  
confiaré mi grito,  
sino a los troncos de dura quietud  
en que la noche amante apaga su luna más profunda porque toda la tierra esté  
en llanto,  
mientras vuestra muerte continúa entre el terror de las flores.

## X

Después de tanto divagar siempre hacia el norte,  
¿por qué he tenido que hallarte, en seguida, ante mi, como un puño negro enorme?  
Tu pasado, urbe percedera, grita en las fuentes de piedra.  
Oh tristeza de hojas en los dientes de la tarde!

*—Extranjero, buscas la luz que se arrodilla en los umbrales?  
¿Qué espera de hombres jóvenes, de montañas, de estrellas errantes,  
de risas y murmullos bajo las ramas  
vence nuestras trenzas?  
¿Crees, extranjero, en el advenimiento de las antorchas?*

Qué manos, qué rostros, qué voces sollozantes sin inocencia,  
qué distancias entre alma y voluntad (perdónanos Señor!),  
qué balcones cual popas desiertas!  
Qué niños riendo sin risa entre mercaderes de flores y sepulcros!

El tiempo orondo en los monumentos de historia satisfecha,  
la verdad que muerden las mujeres en las pinzas de tender ropa,  
las calles que se clavan como cuchillos en el corazón de esta plaza,  
las campanadas soñolientas de una hora sin raíces en el mundo,  
todo esto puedo olvidarlo  
por la gracia con que el viento surca las nubes.

*—Extranjero, ¿no oyes caer las arañas sobre los epitafios?*

Mi cuerpo irreal!  
Oh este rumor de continente virgen más allá de toda memoria y anhelo,  
el silencio callado en mis ojos,  
el peso de un pájaro terrífico sobre mi cabeza,  
el fragor del agua en mis huesos.  
Y mi frente contra las fachadas indiferentes,  
y mis dedos revolviendo los montones de imágenes quebradas  
donde bate aún el sol postrero.

Ni vivo ni muerto. No puedo hablar a nadie.  
Mi sombra sufre por las ventanas cerradas.

Donde ahora hay plazas otrora cantaban los grillos  
y la hierba hablaba a las estrellas de una noche que llegaba acompañada de  
bueyes y árboles...

—*Mira, Extranjero, estoy manchada con sangre de canciones!*

H O S A N N A !

Yo y la urbe  
ya como párpado y lágrima,  
lágrima que tramonta...

Mi vastitud desnuda y tibia cubriendo el habitado abismo:  
los pies en el suburbio y la cabeza reposando sobre los altos jardines.  
Un viento amarillo nace en mi alma.  
Voltean las veletas que cruzan mis manos.  
El desierto de mi boca está sediento.  
La herida de mi costado hace florecer la noche en nuevo cielo.  
Y la corona ciñe la isla de mi cabeza como un mar de dientes y laureles...

E L B U I T R E !

Mi sangre  
cayendo...

¿Quién rasgará el velo del templo?

La torre llora:  
ding, dong!  
Y llega el viento,  
dong!,  
de otro mundo  
a las campanas.  
La primera palabra  
del canto que nace,  
dong!  
será:

N O S O T R O S !

Y en mi cuerpo sin edad,  
indiferente al trébol pertinaz que vive en mi piel,  
lejos de la sombra terrestre que solloza sobre transitorias mariposas,  
en mi cuerpo donde duerme un soldado de silencio de estatura aérea y duelo  
cicatrizado,  
en mi cuerpo-roca,

va entrando la palabra como una lenta invasión,  
cual una espuma que siente nacer inevitablemente el despertar de sus párpados.  
Y con la palabra me posee la extraña presencia  
de los que sufren por lejanas amapolas húmedas de lluvia,  
del odio armado que sabrá matar por la belleza definitiva del trigal y por  
doncellas de agua quieta;  
va entrando y poseyéndose el inmenso espíritu de las banderas donde caben  
todas las cunas del mar y las ramas del amanecer.  
Y cuando la palabra empieza a golpearme como un latigazo de hormigas,  
cuando ya es una uña de vidrio adormecida en mi corazón que multiplica techos  
de palomas vespérales,  
entonces, oh entonces oigo el viento de la voz acumulada de los ríos y me alzo  
como un signo de tierra enjuta...

## XI

Torso continuo de dulce energía plegada de soles:  
la marcha ritual de la corriente descendiendo hacia el terminal de su amplia  
boca marítima.  
De la nieve a la sal murmuran aguas levemente rápidas  
y en ellas me hundo arrastrando el día y todas sus estatuas de oro.

Torvas cámaras transparentes donde duermo como un árbol recién florido,  
sintiendo el encanto de las quillas surcar como meteoros.  
Ojos florales de la arena en una vigilancia atónita,  
en un iris de mortal inmovilidad,  
esperan incrustarse en mi pecho tibio de dolores y verdades.  
Fríos purísimos azotan mis cabellos y los abren cual espigas compactas.

Dónde está el viento que fluía entre los años y desenterraba sombras violetas?  
El fantasma de un tronco a menudo se instala en el campamento gélido de  
esta luz,  
de este ángel disuelto en anillos y calles de nidos,  
de esta luz, sin puertas, atravesada por hinchadas bestias repulsivas.  
Mas yo duermo en el fondo entre piedras y cieno y verdes vestidos rotos,  
yo duermo el nacimiento inaugural de los sueños,  
duermo la leche materna y profunda que abre caminos a los relámpagos.

Duermo, duermo:

llega una red con el futuro del mundo,  
llega un corazón de llamas y sílabas de sangre,  
llegan astros de carbón,  
llegan profecías cabalgando en las columnas,  
llegan las danzas y las mañanas,  
llega la muerte rodeada de meses.

## D U E R M O

sintiendo volar de mi boca el pájaro de fuego.

Dardo de alegría que hiendes el duro corazón de la tierra:  
quién guía tu canto final —canción de maravillas— más allá de los ojos cerrados  
de las horas?

Llena de cascos y corolas la visión,  
de clarines y velas las imágenes,  
grita como un niño entre los árboles.

Canto de alegría. Una insistencia terrestre en el fuego, el espíritu y el tiempo.  
Canto de videncia!

Veo el hombre y su destino caminar entre los dorados bueyes de la paz,  
veo el hombre hermano del hombre ofreciendo su sonrisa a las aves y sus  
brazos al universo,  
músculos temblorosos de amanecer,  
cabezas cuyo pensamiento no tiene sonido de sombra,  
ojos y manos verificando el triunfo del sudor sobre la materia,  
el sexo sin tradición de oscuros goces en una lucha ágil y despierta,  
en una doble victoria de llamas y lauros;  
la serena audacia en las altas nieves, en el aire, virgen, en la arquitectura de  
los días,  
la conquista paciente en las llanuras de humaredas y canciones.

Veo el hombre y las naciones de hombres unidos por puentes de frutas,  
por lazadas de golondrinas,  
por hebras de alma.  
Nadie ignora la morada exacta de las estrellas ni la frágil geometría de los  
pétalos  
y morir es un desnudarse castamente frente a la mar.

Exodo de las claras ciudades y los verdes campos, después de la lluvia,  
bronces que congregan gritos y risas al pie de las montañas,  
la primavera irrumpiendo en los brazos y los regazos de las doncellas.  
Qué dinámica inspiración de brújulas en todas las ramas!  
El viento es una lengua tenue de poros y rocío,  
y la luz resuena en la máscara de la mañana,  
saltando de piedra en piedra,  
de corazón a corazón,  
de rostro abierto a gesto viril.  
Agrupaciones de remos, martillos y arados bajo el sol y la lluvia,  
la iniciación de los cantos en los oficios,  
madres esforzadas y luminosas pariendo junto a los amplios portales,  
la marcha definitiva de las armas hacia las telarañas polvorosas  
y las granadas abiertas, símbolo necesario a toda intención nupcial.

Siento noches en que los granos se desbordan con un rumor de desierto,  
hay días en que la madera huye al mar vestida de racimos  
y la subida seca de los metales se detiene a escuchar el vuelo de las hojas.  
Las odres hinchadas del otoño viajan lentamente hacia el frío con un sueño  
inundado de ternura.

Y las sonrisas de los años caen sobre blancas tumbas,  
los besos y las harinas llaman campanas jóvenes,  
Y nadie, nadie piensa en los tristes cipreses que vigilan ventanas abandonadas.

Desde el agua profunda, desde la región de mi luna transparente,  
siento, veo y toco  
las nupcias de la vida y los astros.

De pie, solo e inmóvil entre raíces y cicatrices de plata,  
la frente orientada hacia el árbol de hierro del mundo,  
hacia el terrible árbol donde mueren un ala escarlata,  
una mano de niño  
y una rosa de incendio,  
de pie, iluminado y solo, alzando palabras en cántaros de ensueño,

resucito!...

Noviembre 1943.

AGUSTI BARTRA

FORA-MALLORCA - Bogotá, Colombia, mayo 1947.

F. de S. AGUILO, trad.